

## Pabellón 59

Orlando Luis Pardo Lazo

La enfermera se pasea como un pájaro devastado.  
 Su nariz hinca el vacío  
 desde el pico de un encefalograma.  
 La boca es una lápida con el graffiti  
 de la furia sin filo de su lápiz labial.  
 Unos ojillos de rata libidinosa  
 sobreviven en sus facciones de formol.  
 La enfermera es eficiente a pesar de su afasia aparente.  
 En rigor,  
 ella sólo cumple órdenes sanitarias.  
 Misterios de ministerio.  
 El pabellón de los tuberculosos  
 es su nicho patrio por excelencia.  
 Y ella penetra en ese claro de bosque  
 para barrer una hojarasca de sábanas con esputos,  
 entre pacientes trepanados por el sinfín de la tos  
 y esa fría enfermedad aún llamada esperanza.  
 Está loca o muerta o es una inmortal  
 (son los comentarios de sus colegas).  
 La enfermera escribe, por supuesto, un diario.  
 Papel blanquísimo que imita las funciones  
 de su laringe y corteza cerebral.  
 La memoria del pabellón  
 depende de esa escritura descoyuntada  
 y  
 coyuntural.  
 Como toda bitácora de instituto,  
 es un volumen instintivo y por eso mismo sagrado.  
 Intensivo.  
 Voluble dentro de la disciplina pactada.  
 Desde el momento exacto de su concepción,  
 la autoría del diario no le pertenece del todo.  
 Escritura pública.  
 Excritura de parchings colectivos,  
 co-lectivos.  
 Escombros de escoria  
 con caligrafía cándida o criminal.  
 Hezcritura.  
 Excritura.  
 La enfermera es eficaz porque aparentemente  
 padece de afasia.

En rigor,  
sus pacientes son monstruos  
que no consiguen despertar  
del horror diario de esta lectura cíclica:  
verla raspando y raspando  
—pobre pelele—  
la página en blanco como su uniforme de pabellón.  
En rigor,  
sus pacientes somos monstruos  
que no conseguimos despertar  
del horroroso diario de esta narrativa cínica:  
verla raspando y raspando  
—pobre pelele—  
la página en blanco como nuestro uniforme de pabellón.

# Navidades de 26

Orlando Luis Pardo Lazo

Poníamos el arbolito estúpidamente en julio.  
En la televisión,  
consignas por consignación y trova viciada.  
También discursos dodecafónicos.  
En el cielo,  
anocheceres rojizos y nubes negras en contraluz.  
En el aire,  
asfixia:  
demasiado calor húmedo.  
Cuba como un cubo de insoportable sopor,  
sopa insípida de país.  
En el cuerpo,  
sudor:  
savia salvaje de una isla  
en el circo incivil de la civilización.  
En los ojos,  
bolitas mudas de navidad  
reflejadas en alto contraste.  
Siempre era 26  
y  
por supuesto  
no entendíamos nada,  
pero era costumbre hacerlo así:  
poníamos el arbolito estúpidamente en julio  
y  
lo dejábamos languidecer  
hasta el final de las vacaciones.  
Estoy hablando de una familia cubana  
en una de esas casas de tablas  
en uno de esos barrios de las afueras  
en una de esas habanas de las afueras  
en el centro de una historia sin afuera.  
Estoy hablando de los años setenta del último siglo  
en su acepción asépticamente literal:  
memoriteratura del fin de los tiempos.  
Témpanos de verano.  
Navidades de veraneo.  
Sólo ahora nos damos cuenta de todo:  
en rigor,  
estábamos muertos  
hasta de palabras.

Pero,  
sí-la-ba-a-sí-la-ba,  
éramos de una calaña  
ri-gu-ro-sa-men-te  
inmortal.

# Cubalitos

Orlando Luis Pardo Lazo

Exilio o estupidez.  
 Éxtasis o estulticia.  
 Entre las partes y el todo:  
 el tedio.  
 Entre el todo y las partes:  
 una puerta.  
 Como en un ilegible Libro de las Instrucciones  
 cada quien saca  
 su propio cálculo de lindes.  
 Imposibilitados de pensar,  
 pesamos nuestros cuerpos  
 y  
 sopesamos nuestras palabras.  
 Tino taimado de la patria.  
 Tramoya o atrezo pútreo.  
 Vocación voraz de pétreo vacío.  
 Como en un mínimo Manual de las Marionetas  
 cada quien mete  
 su impropio cálculo de lindes.  
 Deslinde de liendres,  
 límites parapoliciales y símiles patapoéticos:  
 litotricias de todo tipo,  
 entre otras licantropías revolucionarias  
 de un argot ya sin horcón  
 (lengua infame, infusa, hilarante,  
 no tan difusa como semifusa,  
 informe antes que deforme).  
 Obligados voluntariamente  
 a la mascarada del buen pensar,  
 posamos con nuestros cuerpos  
 y  
 supuramos nuestro vocabulario  
 (mascamos nuestro *vocabulario*).  
 Del exilio a la estulticia,  
 del éxtasis a la estupidez:  
 en un estado de aliteración absoluta  
 (portazo para salir a coger aire fresco al portal)  
 nadie merece el lujo de una biografía privada.  
 Retóricos de remate,  
 narramos desde un estado de halitosis terminal.

Todo brilla  
en la borrosa constancia de la irrealidad.  
Todo sobra  
(o brilla por su ausencia)  
en la barrosa inconstancia de la realidad.  
La pericia obscena de los lingüistas  
(patéticos peritos suicidas),  
la tara torpe de los académicos  
(medicina de módica morbilidad),  
el discurso demacrado de los demócratas  
(deleitoso disco rayado  
y  
delirio devenido delito),  
la lengua craquelada  
(lingua franca hecha *crack*):  
hachas con haches  
de una Habana abierta a cal y canto  
en la intemperie intempestiva  
de ninguna otra ciudad  
(sintomáticos signos somáticos  
de nuestra más sincera simulación).  
Nosotros, los sobremurientes,  
que a nadie debemos la sobremesa.  
Y yo,  
que aún no sé decirlo:  
Revolución.